

QUERIDO
CORAZÓN
ROTO



EDITADO POR
HEATHER DEMETRIOS

QUERIDO
CORAZÓN
ROTO

Becky Albertalli * Adi Alsaid * Libba Bray
Heather Demetrios * Amy Ewing * Zach Fehst * Gayle Forman
Corey Ann Haydu * Andrea Izquierdo * Varian Johnson * A.S. King
Nina LaCour * Kim Liggett * Kekla Magoon * Sarah McCarry
Sandhya Menon * Cristina Moracho * Claudia Ramírez Lomelí
Pamela Stupia * Alberto Villarreal * Jasmine Warga * Ibi Zoboi

CROSS
BOOKS

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Mónica Herrera Quant
Foto de la autora © Zach Fehst
Ilustraciones de interiores: Mónica H. Quant
Diseño de interiores: Sandra Ferrer

Título original: *Dear Heartbreak: YA Authors and Teens on the Dark Side of Love*

© 2018, Heather Demetrios

“You Are So Far From Broken” © 2018 Becky Albertalli.
“Grow Wildly” © 2018 Nina LaCour.
“Do You Care To Reside Within?” © 2018 Adi Alsaid.
“If You Call, I Will Answer” © 2018 Kekla Magoon.
“We Have To Be Who We Are” © 2018 Libba Bray.
“We’re Not Alone” © 2018 Kim Liggett.
“Stay You” © 2018 Mike Curato.
“How To Find A Boyfriend In Your Heart” © 2018 Sarah McCarry.
“I Am Tired Of Trying To Prove My Worth” © 2018 Amy Ewing.
“Who Said I Have To Give My Heart Up For Breaking?” © 2018 A.S. King.
“Own Your Heart” © 2018 Jasmine Warga.
“Bigger Than Heartbreak” © 2018 Sandhya Menon.
“Life In The Friend Zone” © 2018 Varian Johnson.
“Down The Rabbit Hole And Out The Other Side” © 2018 Cristina Moracho.
“Love Is All, Love Is You” © 2018 Heather Demetrios & Zach Fehst.
“Knock Down Those Walls” © 2018 Ibi Zoboi.
“Open The Door And Walk Through It” © 2018 Corey Ann Haydu.
“The Teacher Of All Things” © 2018 Gayle Forman.

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENIL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: enero de 2020
ISBN: 978-607-07-6363-2

Primera edición impresa en México: enero de 2020
ISBN: 978-607-07-6381-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Querido Corazón Roto:

Desde niña soñaba con el amor verdadero... Suena ridículo, ¿verdad? Pues, verás, lo que pasa es que siempre me inspiré en las películas y los libros que mi papá solía leerme. Y un día lo vi a él. Era todo lo que había soñado (o eso me pareció). Sus ojos color caramelo estaban llenos de picardía, como si anduviera buscando problemas, y ni qué decir del cabello y la sonrisa, ¡el paquete completo! Estaba tan enamorada que pensé que él también me amaba, pero ¿cómo podría amarme si casi ni me conocía?

Lo pensaba porque él hacía cosas como decirme que yo era especial, diferente a todas las demás chicas; coqueteaba conmigo (me jalaba el cabello para molestarme y siempre tenía una excusa para tocarme). Creé una ilusión a su alrededor (gran error). Así que un día decidí confesarle mis sentimientos. Estaba muy segura de que yo también le gustaba; sin embargo, cuando fui a buscarlo, lo vi con otra chica y sentí un poco de celos. Pero los ignoré. Estaba decidida a confesarle mis sentimientos, hasta que vi algo que me rompió el corazón por completo. Él estaba besándola y sonriéndole; tenía cierto brillo en los ojos y la tocaba suavemente, como si pudiera romperla si la tocaba con más fuerza. No supe adónde correr o esconderme. Estaba completamente destrozada.

La cosa es que de cualquier modo él se enteró de que me gustaba: una buena amiga mía traicionó mi confianza y se lo dijo porque ¡a ella también le gustaba! Vaya amiga, ¿verdad? Al día siguiente fui a la escuela con el dolor de tener que verlo (olvidé mencionar que íbamos a la misma escuela); iba a hablarle como siempre, pero él estaba raro. Me miró como si yo fuera una bolsa de caca y me ignoró. Me sentí muy confundida y lastimada. Luego sonó la campana y todos nos fuimos a nuestras clases (además estábamos en el mismo salón) y yo me puse a hablar con una amiga, pero intentaba cruzar miradas con el chico que me gustaba. Cuando al fin lo logré, lo saludé agitando la mano y él me miró de arriba abajo con asco y se me acercó. Tragué saliva. Yo sabía que él sabía, pero las palabras que me dijo aún me lastiman como puñales: «Me das asco. Escúchame: nunca me gustaría alguien como tú, estás fea y te odio. No quiero que te vuelvas a acercar a mí, ¿entiendes?».

¡Dios mío!, esas palabras casi me hicieron llorar (ojo: *casi*). Le mostré mi mejor sonrisa, aunque no la sentía para nada, y le dije: «Entiendo. Espero que tengas un buen día y una buena vida». Luego me fui a mi lugar. Cuando volteé a verlo de reajo, parecía muy confundido. Me odié por su culpa. Hasta hoy, aún creo que nadie va a amarme. Mis sueños se hicieron pedazos, y ¿sabes qué es lo peor? Que él todavía me odia ¡y ni siquiera sé por qué! Desearía no volver a verlo nunca, pero el problema es que por más que pasa el tiempo, yo no lo odio. Él me quebró, pero aun así no lo odio.

Con cariño,
Amor No Correspondido, 16



Querida Amor No Correspondido:

Yo lo odio por ti.

Es que, ¡guau! Ese tipo es un pedazo de popó. Pero ¿tú? Eres hermosa. Y eres valiente. Ve nada más lo que hiciste: amaste a alguien sin miedo. Te rompieron el corazón. Fuiste a la escuela al día siguiente de todos modos y volvieron a romperte el corazón. Respondiste demostrándole lo que es la elegancia. Y aquí estás, levantándote y sacudiéndote el polvo todos los días.

Yo era muy parecida a ti de joven: iba a la escuela, tenía amigos. Pero dentro de mí habitaba todo un paisaje romántico, forjado por libros, películas, cuentos de hadas y hormonas. Creo que nunca encontraré las palabras para explicar la fuerza de mi atracción por los galanes de ciertas comedias románticas de los noventa. Devon Sawa, Joseph Gordon-Levitt e Ethan Embry, con sus sonrisas tímidas y sus ojos brillantes, buscando la manera de hacer las más grandes demostraciones de amor para las chicas hermosas y delgadas de las que estaban enamorados.

Y, entonces, estaba yo: en el sofá comiendo galletas, embarrada de medicina para las espinillas, preguntándome qué se sentiría ser alguien que se merece esas grandes demostraciones de amor de cine. Pensaba que no las merecía, pero las deseaba con todas mis fuerzas. O sea, quería amor. Además, quería ser

alguien que valiera la pena. Y en mi corazón de chica de secundaria, estos dos conceptos, el amor y la valía, estaban peligrosamente entrelazados.

Claro que no solo eran las películas. En los bailes escolares, bar mitzvás y en cualquier lugar al que fuera, parecía que alguien a mi alrededor ya había resuelto el misterio. Cuando yo apenas había logrado hacer contacto visual con un chico, mis amigas ya estaban bailando pegadito, tomándose de las manos y algunas veces hasta besándose, lo cual era algo en lo que yo pensaba *constantemente*. Practicaba los besos en mi brazo, en serio, pero no era exactamente para mejorar mis habilidades para cuando fuera real. Era un intento de darme una idea de cómo se sentiría besar. No estaba segura de que algún día podría probarlo en los labios de alguien más.

Porque yo no era como las demás chicas que bailaban pegadito y se tomaban de las manos y se besaban por ahí. Yo era tímida, seria y regordeta. Las otras usaban Abercrombie. Yo usaba camisetas enormes con imágenes de la naturaleza y shorts deportivos en verano, y largos suéteres con cuello de tortuga todo el invierno. Mi cabello se negaba a quedarse en una coleta, y siempre estaba acomodándome los lentes. Una vez un chico se sentó detrás de mí en clases y murmuró: «L-l-l-l-liposucción». Un día vi un chismógrafo en el que gané en la categoría de la chica más *equis* de primero de secundaria. No sé si algo de esto te suene conocido, ANC, espero que no; pero sospecho que entiendes de lo que hablo. El señor Pedazo de Popó te hizo entenderlo. *Asquerosa. Indigna.*

La preparatoria fue mejor, o algo así. No viví una de esas transformaciones como de película para adolescentes, pero me sentía un poco más cómoda con mi cuerpo. Por primera vez en mi vida tuve amigos hombres. A veces me enamoraba de ellos y era algo que sentía con todo mi cuerpo, intensamente real y absolutamente secreto. Bromeaba con ellos durante el día,

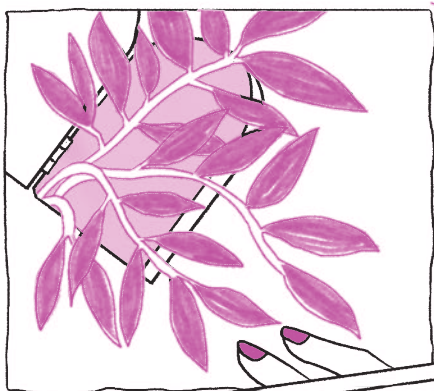
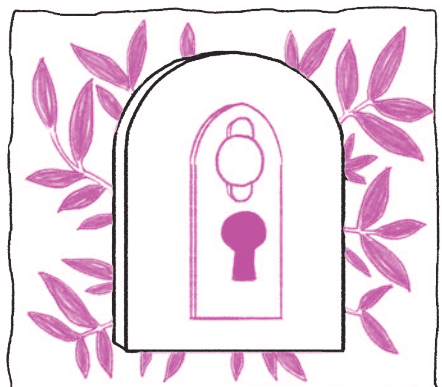
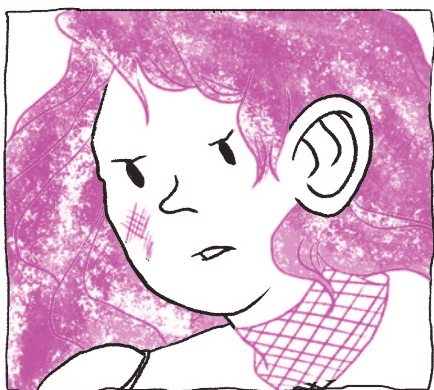
y había mucho contacto físico casual durante los ensayos para la obra de teatro... El romance no me parecía algo alcanzable, pero algunas veces lo sentía cercano. A veces me encantaba cómo se sentía desear a alguien. Solía llorar en mi auto cuando ponían ciertas canciones en la radio. Todas las canciones de amor no correspondido hablaban de mí. Me sentía llena de vida. Estaba constantemente enamorada, pero no podía decirlo en voz alta. Supongo que no quería molestar a nadie con mi amor. Supongo que aún sentía que no valía la pena.

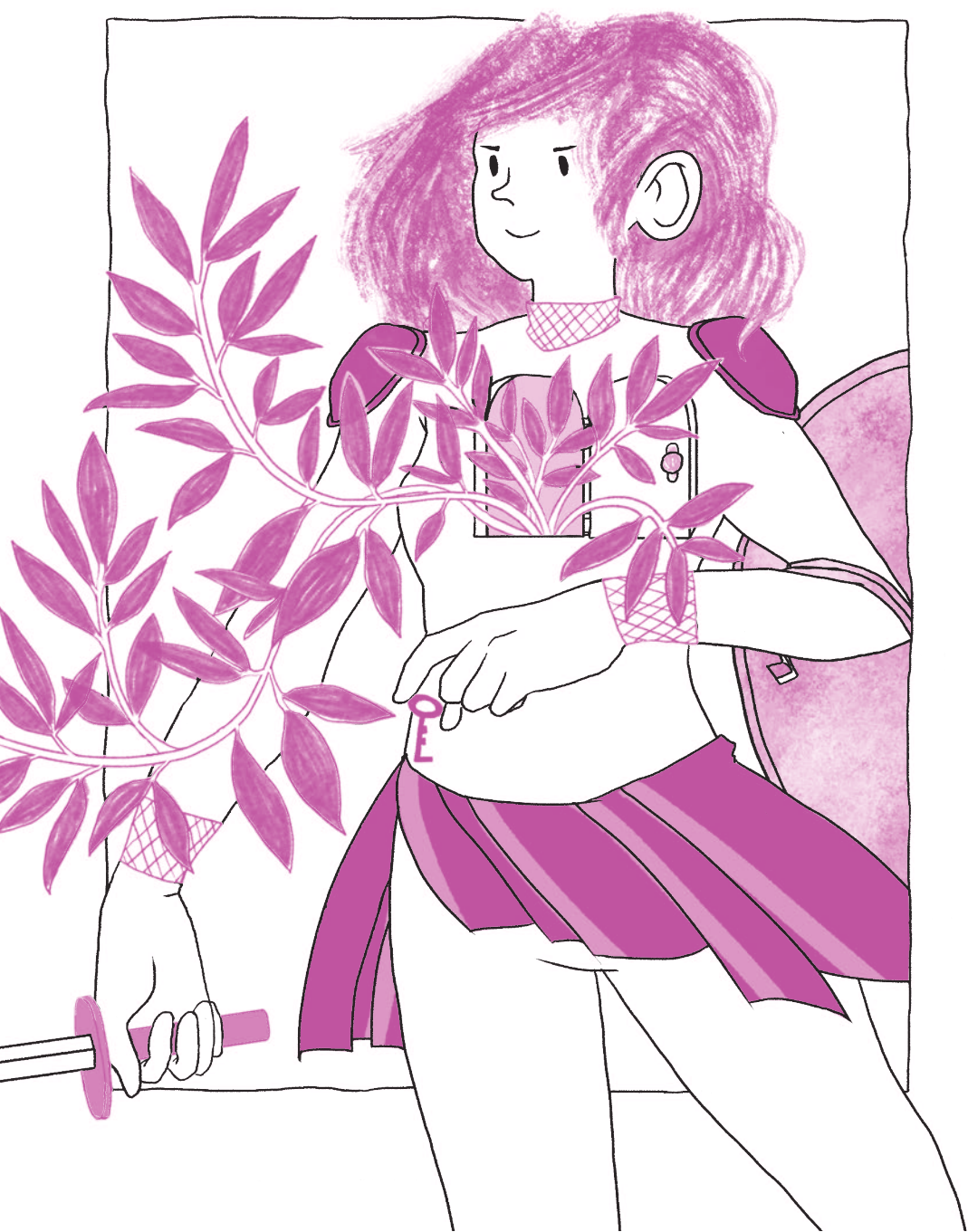
Así es como debería ir la siguiente parte de esta historia: voy a la universidad. Me vuelvo más confiada. O beso a un millón de chicos o dejan de interesarme los besos. Soy valiente, segura de mí misma; mis metas son más grandes y yo soy mejor.

Así es como fue en realidad: voy a la universidad y aún no he tenido novio, no me han besado y aún lo deseo desesperadamente. Pero en el segundo año conocí a un chico lindo de lentes. Estábamos en una fiesta en el dormitorio de mi amiga. Recuerdo que estaba sentada junto a él en la cama, hablando como si fuéramos las únicas dos personas en el lugar. Y pensé: «Quizá al fin va a pasar». Quizá había desvelado el secreto.

Lo vi en la universidad un par de veces en las siguientes semanas. Averigüé su apellido. Averigüé que estaba estudiando Literatura y que era escritor. En ese tiempo no existía Facebook, pero lo encontré en el directorio del campus. Tenía su dirección de e-mail pero ni un poco de la valentía necesaria para escribirle. Sin embargo, me estaba volviendo más valiente en otros aspectos. Nunca hablaba de mis sentimientos, pero sí les conté sobre él a mis amigos. Lo saludaba y le sonreía cuando me lo encontraba entre clases.

Además, escribí un ensayo sobre él en la clase de Escritura creativa de no ficción. No solo se trataba de él. No puse su nombre. Era sobre la fiesta y esa sensación de estar conectados y cómo mi esperanza permanecía viva semanas después; era





sobre cómo tomaba el camino largo hacia mis clases de los martes y los jueves porque sabía que así podría encontrármelo. Se trataba sobre cómo no sabía qué decir ni qué hacer con mis manos, y de cómo esos pequeños momentos podían hacerme el día o arruinarlo. Era dolorosamente honesto, mucho más de lo normal para mí. No intenté publicarlo ni ponerlo en internet, jantes muerta! Pero el simple hecho de dárselo a mi profesor se sintió como si estuviera entregando mi corazón.

El semestre continuó. Me armé de valor para invitar al chico a una fiesta, y ensayé obsesivamente todo el encuentro. Aún seguía buscando formas para toparme con él entre clases, así que pensé dar el paso en uno de esos encuentros. Mencionaría la fiesta casualmente, como si de pronto me hubiera acordado. Le pediría su dirección de e-mail, porque jamás le dejaría saber que ya la tenía memorizada. Luego, le reenviaría la información de la fiesta y, cuando se apareciera ahí, yo milagrosamente me vería como la protagonista de una comedia romántica de los noventa. Él ignoraría a todos los demás y hablaríamos durante horas, igual que el día en el que nos conocimos. Y luego nos besaríamos y nos miraríamos a los ojos por un largo rato y él se haría mi novio. Tendría un *novio*. Y como *la idea de mí con un novio* era incomprendible, obviamente habría una especie de montaje de transformación. Me convertiría en la clase de chica que inspira grandes demostraciones de amor. Al fin iba a suceder.

Como sea, lo encontré después de clases y lo invité. Supercasual, nada serio. «Va a haber una fiesta. Deberías ir a ver qué onda».

Fue amable. Eso lo recuerdo. Sonrió y me dijo que la fiesta sonaba bien. Me pidió que lo mantuviera informado.

Y luego me dio una dirección de e-mail equivocada.

Fue extraño que cometiera un error así. Sé que la gente a veces da números de teléfono equivocados a propósito para rechazar a pretendientes que insisten demasiado. Pero no me

pareció que yo hubiera insistido mucho. Por más que me gustaba, casi ni hablaba con él. Y además estructuré toda la interacción para que no pareciera que estaba invitándolo. Claro que no estaba invitándolo. No invitarlo era mi único plan, la verdad. Era la mejor en eso de nunca exponerme, y también era la mejor en nunca ser rechazada.

No *creí* que estuviera siendo rechazada.

Tenía que ser un error. Un momento de comedia romántica. Y ¿no era típico de mí enamorarme del hermoso estudiante de Literatura con lentes que no podía recordar su propia dirección de correo electrónico?

Le envié un e-mail sobre la fiesta. Usé la dirección correcta, claro, la que debió haber creído que me dio. Incluso tenía una historia preparada sobre cómo recibí un correo de error de la dirección que él me dio (HILARANTE, ¿VERDAD?) y cómo luego de eso busqué al señor Error en el directorio del campus. Claro. No es como que de otro modo se me hubiera ocurrido buscarlo.

Y, bueno, nunca me respondió. Tampoco se apareció en la fiesta.

Días después, me lo encontré afuera de mi clase de Escritura creativa de no-ficción.

Más días después, me enteré de que era el asistente de mi maestro de Escritura, lo que significaba que había leído todos mis ensayos.

Leyó *ese* ensayo.

Hay que reconocerle que nunca me dijo fea. Nunca dijo que le diera asco. Fue más amable que el señor Pedazo de Popó, pero vaya que me sentí fea y asquerosa. Al fin lo entendí: ese chico no tenía problemas para recordar su propia dirección de correo electrónico. Estaba recházandome de forma pasiva y amable. Era horrible pensar que sentía pena por mí, pero, peor que eso: odié ser una *molestia* para él. Mi amor era una carga, como siempre sospeché.

Yo no valía la pena, como siempre sospeché.

Eres una persona más generosa que yo, ANC, porque tú no odias al señor Pedazo de Popó. Yo definitivamente odié al señor Error. Mi mejor amiga y yo no volvimos a pronunciar su nombre. Literalmente le decíamos *Ese Al Que Odiamos*. Y, quince años después, aún siento feo al pensar en él. Especialmente cuando me lo imagino leyendo esta carta. «Por Dios», dirá, «¿esta chica está escribiendo sobre mí otra vez?».

O quizá (probablemente, de preferencia) ni siquiera se acuerde de mí.

Mi querida ANC, lamento decirte que probablemente siempre recordarás al señor Pedazo de Popó. Puede que olvides su cara o incluso su nombre, pero siempre recordarás cómo te hizo sentir. Y odio eso. Estas cosas te marcan. Me gustaría que no fuera así. También quisiera poder decirte que este dolor te hará más fuerte o más valiente, pero no creo que eso sea verdad. No hay nada bueno o transformador en lo que te hizo. Y, si hay una lección por aprender en esto, esa lección es para él. No para ti.

Pero aquí van las buenas noticias: esta experiencia no necesita ser una lección. No necesita hacerte fuerte y valiente. Tú ya eres fuerte y valiente. Y yo también lo era. Es solo que no siempre podemos verlo.

Tengo treinta y cuatro años al momento de escribir esto. Estoy enamorada y me casé con la persona a la que amo. Tengo dos hijos y una carrera que me encanta. He tenido entre mis manos copias de mis libros en idiomas que no puedo leer. He visitado el set de la adaptación cinematográfica de mi libro. ¿A veces siento que no valgo la pena? Por supuesto que sí. ¿Soy valiente y segura de mí misma? No siempre. Ni siquiera frecuentemente. Pero estoy orgullosa de lo que he hecho y de la forma en la que los años me han transformado.

Los años en serio me han cambiado. Creo que lo mismo te pasará a ti.

Pero esto es lo que más me sorprendió: la transformación no ocurrió al encontrar el amor. Mi primer beso no me transformó. Tampoco mi primera relación, ni mi primer rompimiento ni mi hermosa boda en verano. La transformación ni siquiera fue cuando comencé a sentir que valía la pena o, aún más importante: a entender la diferencia entre encontrar el amor y valer la pena. Soy tan valiosa ahora como lo era entonces. Y ahora puedo verlo, pero eso no es de lo que estoy más orgullosa.

Estoy orgullosa de que hoy, en mis treintas, al fin estoy hablando de esto. De todo esto: de estos sentimientos, estas experiencias, mis inseguridades, mi vergüenza y la fuerza de mi anhelo. Ahora, cuando escribo, primero me quito la armadura. A veces escribo sobre las personas que amo, y a veces esas personas leen lo que escribo. Nunca es fácil. Es aterrador. Pero estoy más orgullosa de la honestidad en mis libros que de cualquier otra cosa en ellos. Estoy orgullosa de mi honestidad en las relaciones personales y profesionales. Estoy orgullosa de mi honestidad en las redes sociales y de mi honestidad conmigo misma. Así es como muestro mi corazón. Esta es mi manera de ser valiente.

Y eso es también lo que tú hiciste en la carta que me enviaste. Estoy maravillada. Tienes dieciséis años. Sé que crees que el señor Pedazo de Popó te hizo pedazos, pero no te destruyeron, eso no es verdad. Me escribiste y abriste de par en par las puertas de tu corazón. Me sorprendiste. Me inspiraste.

Eres muy valiente y te quiero.

BECKY